

Con la caída del comunismo se ha desmontado el arma del anticomunismo y se han puesto en marcha mecanismos llenos de novedad en el «mercado electoral»

contribuir a ello las diferencias ideológicas que se habían ido acentuando en los años 60 y 70 y que se manifestaban tanto en los juicios negativos expresados por los socialistas sobre los países del Este como en la ambigüedad de las posiciones críticas de los comunistas italianos sobre el modelo socialcristiano y la búsqueda de una improbable «tercera vía». EL foso cavado entre PCI y PSI desde los diversos y opuestos papeles ocupados en el sistema político se ensanchaba como consecuencia de los enfrentamientos surgidos sobre los temas de política exterior y sobre muchas cuestiones de política interna, incluido el delicado argumento de la reforma institucional. Era natural que esto generase un fuerte antagonismo entre los dirigentes y los militantes de los dos partidos en un clima de mutuas sospechas poco apto para una reconciliación.

En los últimos tiempos el peso de muchos de estos obstáculos se ha atenuado. Los regímenes del «socialismo real» se han hundido; el viejo PCI no existe más; el «nuevo» PDS ha adoptado (pero no sin cierta resistencia en su interior) el modelo socialdemocrático y ha presentado su demanda de afiliación a la Internacional Socialista; los demócratas de la izquierda italiana frecuentan, con la aprobación del PSI, los congresos de los partidos socialistas y laboristas europeos recibiendo solidaridad y ánimos. Todas estas razones hacen pensar en un mejoramiento de las relaciones entre

Craxi y Occhetto, ya que además un mayor acercamiento puede servir a ambos. Al primero, porque le ofrece la oportunidad de convertirse en promotor, jugando desde posiciones de fuerza un papel de *leadership*, de la «unidad socialista» que campea en el nuevo símbolo del partido. Al segundo, para demostrar que el PDS ha nacido vivo es decir que no está destinado, como el partido de quien recogen la herencia, a ser una fuerza de oposición permanente. Además, las previsible tendencias electorales, con una reducción de la distancia entre los dos grupos, favorecen la posibilidad de una integración. Naturalmente, hasta la próxima consulta el peso electoral del PDS es una incógnita, pero existen razones para pensar que el partido resultará notablemente redimensionado respecto a las fuerzas del viejo PCI. Sobre todo, porque el propio Partido Comunista estaba en fase de declive y además porque la escisión de la «Rifondazione Comunista» comportará sin duda un cierto precio, aunque sea difícil de cuantificar.

Naturalmente se trata sólo de hipótesis: son pocos los puntos ciertos en el clima de inseguridad que caracteriza esta fase de la vida política italiana. Sobre ella inciden otras vicisitudes de la izquierda, incluso las inquietudes que atraviesa el mundo católico, —y una parte de la misma DC—, y los muchos fermentos que se manifiestan en otros sectores del arco político. Con la caída del comunismo se ha desmontado el arma del anticomunismo y se han puesto en marcha mecanismos llenos de novedad en el «mercado electoral»

En 1992 se cumple el centenario de la fundación del Partido Socialista Italiano. Probablemente es demasiado pronto para asistir la reunificación de la «gran familia socialista», como esperan los optimistas. Pero podía ser este año el que abriera una nueva fase en la vida política italiana. ■

Giacomo Sani es catedrático de Ciencia Política y director del Departamento de Estudios Políticos y Sociales de la Universidad de Pavía (Italia)

Frente a independentismos irresponsables

Una política peninsular

Por **Marcel.lí Moreta**

A los que hemos defendido un catalanismo integrador, ha producido honda pena ese desorbitado debate en torno al posible independentismo. Unas palabras del presidente de la Generalitat, no bien interpretadas, sobre Lituania; y otras del líder de Esquerra Republicana de Cataluña, en su habitual estilo, desencadenaron abundancia de comentarios en buena parte de la prensa. El presidente Pujol se sintió obligado a aclarar la verdadera significación de sus palabras y lo dijo de forma contundente: «La personalidad de Cataluña —dijo— halla en España su marco natural de desarrollo». Y, en la sesión parlamentaria de los días 25 y 26 de septiembre, añadió: «He manifestado muchas veces que no cuestiono la unidad de España. Hace más de cuarenta años que digo, escribo y actúo de una manera clara en este sentido».

Que existan unos grupúsculos que postulen actitudes independentistas no debería ser pretexto para ciertas reacciones históricas, que pretenden presentarnos un panorama político español en plena desintegración. Ni se com-

Que existan unos grupúsculos que postulen actitudes independentistas no debería ser pretexto para ciertas reacciones históricas, que pretenden presentarnos un panorama político español en plena desintegración

prende que una de las mejores plumas del periodismo, en una hora poco lúcida, haya podido alinear a Pujol y a Arzallus con Artapalo. No es justo.

Herencia del pasado

Me quiero referir a uno de los pequeños grupos políticos que, en Cataluña, intenta hacerse oír: la Esquerra Republicana. Sus actuales dirigentes han pretendido recoger la herencia de lo que fue esa agrupación en los tiempos de Macià y Companys.

Con gran sorpresa de todos los observadores, la «Esquerra» irrumpió en la vida catalana en las históricas elecciones del 12 de abril de 1931. Su triunfo contra todo pronóstico puso de relieve el carisma de Francesc Macià, que se había distinguido por su radicalismo. Con anterioridad había hecho aprobar, desde el exilio, la llamada Constitución de La Habana, para una Cataluña independiente, y había conducido y dirigido a unos jóvenes idealistas a un intento armado de ocupación del territorio catalán desde la población fronteriza de Prats de Molló.

Triunfador, Macià, el 14 de abril proclamó la República Autónoma Catalana, dentro de la República Federal Española, y, Companys el día 6 de octubre de 1934 proclamó el Estado Catalán en la República Federal Española. En los días de abril de 1931, bastó la visita a Barcelona de tres ministros del Gobierno Provisional de la República, dos de ellos catalanes, para que Macià abandonara su actitud y su «Esquerra» se convirtiera en una de las fuerzas que mayormente colaborarían con el Gobierno de la Segunda República Española. El Estatuto de Autonomía de 1932, elaborado en Núria y pasado por el tamiz de las Cortes, fue votado y defendido, por unanimidad, por la «Esquerra». No contiene la más ligera objeción a la unidad de España y ni siquiera figura, en su texto, alusión alguna a la Cataluña-Nacionalidad, como de una manera expresa se insertó en el



Estatuto de 1979. Quiero, con ello, indicar que si el reducido grupo político que lidera Angel Colom se considera continuador de aquella «Esquerra» de Macià y Companys, su independentismo puede que no pase de pura retórica. La subversión de 8 de octubre de 1934, a pesar del retoricismo nacionalista de sus proclamas, la verdad es que surgió confusamente conectado con la subversión socialista-comunista de Asturias. En Cataluña, cabe recordarlo, se liquidó en una noche. No pasó de un simple episodio producido por la locura de un conseller, la debilidad de un presidente, y el seguimiento de

Códice de la Crónica del rey don Jaime I, que fue rey de Aragón y, por tanto, un rey hispano

Triunfador, Macià, el 14 de abril proclamó la República Autónoma Catalana, dentro de la República Federal Española

Observatorio

BARÓN, OTRO CANDIDATO PARA EXTERIORES

El hasta hace poco presidente del Parlamento Europeo, Enrique Barón, es un nombre más a incluir en la lista —bastante dilatada, por cierto— de quienes desearían suceder al actual ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordoñez, en el supuesto caso de que éste decidiera retirarse en los próximos meses por motivos de salud, algo que en modo alguno se excluye. José María Maravall, Narcis Serra, Javier Solana y Carlos Westendorp integraban la quiniela sucesoria hasta ahora. Barón, que acaba de cesar como presidente del Parlamento de Estrasburgo, se incluye ahora. Tiene, según sus amigos, las características necesarias para el cargo: experiencia internacional, idiomas, don de gentes, buenas «conexiones» con Ferraz (el partido), relaciones cordiales con el presidente del gobierno y... pocos enemigos. Barón está en «paro técnico» y busca un sitio bajo el sol. El Palacio de Santa Cruz sería un lugar idóneo pero ¿por qué no, en caso de que alguno de sus competidores lo madrugara, Comisario en la CE? A Manuel Marín le queda ya poco tiempo.

Si el reducido grupo político que lidera Angel Colom se considera continuador de aquella «Esquerra» de Macià y Companys, su independentismo puede que no pase de pura retórica

Los 500 años de «Unidad» no pueden ser borrados fácilmente. Pero hay más. En los años de plenitud de los Condes-Reyes de Cataluña-Aragón, el sueño peninsular fue una constante

unos jóvenes, trasunto de aquellos de Prats de Molló. El pueblo catalán se inhibió.

La «Península inacabada»

Creo que se debería hacer un gran esfuerzo —en Cataluña y en el resto de España— para considerar el problema catalán con realismo. Llevamos, los pueblos peninsulares, 500 años de vida en común, con la lamentable excepción de Portugal. El brillante periodista y extraordinario escritor «Gaziel» pudo hablar de la «Península inacabada».

En los inicios del Renacimiento europeo, avatares diversos hundieron a Cataluña en una crisis que pudo ser irreversible. Su lengua, en el orden literario, fue relegada al olvido, su economía maltrecha. Las pestes frecuentes, por un lado, y la apertura hacia otro Continente y otros mares, desviaron las rutas tradicionales de riqueza. Y errores políticos la situaron al margen de toda posibilidad de participar en la proyección de un alto proyecto de política peninsular. Castilla lo intentó por su cuenta. Un político, Cambó, y un grupo de estudiosos que se hicieron en torno a la gran personalidad de Jaime Vicens Vives, torcieron el rumbo del historicismo romántico que circulaba por otras vertientes y advirtieron que los condicionamientos geográficos y los históricos obligaban a Cataluña a no dejar sola a Castilla en el magno ideal de proyección y vertebración de una gran política peninsular. ¿Puede ser ese proyecto de vida en común, todavía, el ideal para un catalanismo integrador?

Los 500 años de «Unidad» no pueden ser borrados fácilmente. Pero hay más. En los años de plenitud de los Condes-Reyes de Cataluña-Aragón, el sueño peninsular fue una constante. La unión con Aragón y la conquista de Valencia lo sancionan, y, asimismo, se refleja en textos básicos. El propio rey Jaime I en su «Crónica» expresa su deseo y el de los catalanes de conseguir el alto honor de salvar a España; y tam-



Lluís Companys

bién el cronista Ramón Muntaner dice que los reyes de España «eran de una carne y de una misma sangre». Idénticos criterios se hallan en las «Crónicas» de Desclot y de Pedro el Ceremonioso, y en los textos del famoso fraile gerundense Elximenis, que en su exaltación a Barcelona afirma que es más popular que «altra Ciutat d'Espanya».

La gran crisis histórica de Cataluña pudo superarse, curiosamente, después de la derrota catalana en la guerra de sucesión de 1714. Su renacimiento económico la convirtió en pionera de la industrialización de España; a ello siguió el renacimiento literario —Reinaxença— con la reivindicación de su lengua, y con el pro-

pósito de volver a alcanzar antiguas glorias y prestigio.

El común destino hispánico

Y siguió el movimiento político que también obedecía a ese Renacimiento. Era inevitable. En la última década del mil ochocientos y primeros años de nuestro siglo, la corriente «renacentista» sumaba fuertes personalidades de todas las actividades de la vida catalana en una afirmación de la propia «identidad» como pueblo con personalidad acusada. Los había de todas las tendencias, lo que propició el movimiento de Solidaridad Cata-

Para Cataluña, su Estatuto no puede ser un simple instrumento de distribución de poder territorial



Cambó en la Plaza de la Armería (Madrid) conversando con periodistas

lana del año 1906. Ese «alçament» como lo denominó el poeta Joan Maragall, significó con respecto a Cataluña el propósito de alcanzar su plenitud y, para España, contribuir a un resurgimiento que la alineara con los pueblos más progresistas de Europa. Con razón se habló del «catalanismo regeneracionista».

Cabe la pregunta: ¿fue una equivocación que Cataluña decidiera unirse al común destino español? ¿No era el mejor camino a seguir, quizás el único posible? Otra cuestión es que se cometieran graves errores al hacerlo. Después de desvanecerse en la batalla de Muret —siglo XIII— el sueño de una Cataluña dominadora en las dos vertientes

pirenaicas, no parece que hubiera otro camino que el de la integración peninsular.

En la hora actual ese planteamiento parece irreversible. Pero también deberían bajar decibelios las voces de los nostálgicos del centralismo —burocrático— estatista, que, según el jurista García de Enterría, «ha cumplido ya su tiempo y de que es menester intentar montar un sistema político más cercano a sus destinatarios». No es bueno el camino de las reticencias.

Están vigentes una Constitución española y unos Estatutos de Autonomía. Para Cataluña, su Estatuto no puede ser un simple instrumento de distribución de poder territorial. Es algo más. Ha

acertado, en uno de sus recientes comentarios, Miguel Herrero de Miñón: lo que hay que resolver es «la construcción de personalidad jurídico-política allí donde existan hechos diferenciales». Se habla de un posible pacto autonómico. Es de desear que no se reincida en el error de julio de 1981. El pacto suscrito, entonces, por Calvo Sotelo y Felipe González fue la puerta que abrió paso a la «Loapa», que, si bien sufrió recortes en su paso por el Tribunal Constitucional, no ha dejado de ser un instrumento para laminar los Estatutos de Autonomía, los históricos principalmente. ■

Marcel·lí Moreta es ex-diputado a Cortes.

Observatorio

CUIDADO CON EL ALCOHOL

Los efectos de la tantas veces jaleada «movida juvenil» de los fines de semana comienzan a preocupar seriamente a la sociedad española. El júbilo parece más bien provocado por los efluvios alcohólicos que por la sana alegría propia de la juventud. En tal sentido, los datos son reveladores. El consumo de bebidas fuertes con alto contenido de alcohol (ginebra, whisky, ron, coñac) está desplazando a las más suaves (vino, cerveza). Se incrementa la cantidad de tales bebidas fuertes así como de las combinaciones (cócteles, gintonic, cuba-libre), llegando España a ocupar el tercer lugar en Europa, tras Francia y Luxemburgo, en consumo de alcohol puro. Otro dato alarmante, alude a que la edad de los consumidores desciende, puesto que los mayores incrementos se producen desde los 18 años a los 14 o 13. El proceso se encuentra en pleno auge, por lo que es de temer que la situación se agrave en los próximos años.

Aunque parece urgente establecer las oportunas medidas correctivas, la sociedad española, en particular los padres de familia, debería tomar conciencia de la gravedad del problema. Una precaución razonable, sería limitar tanto los gastos de los adolescentes como la disponibilidad de vehículos y los horarios de salidas nocturnas que son, según datos disponibles, las principales causas del consumo indiscriminado de bebidas alcohólicas. Es más sencillo aguardar a que las «autoridades» resuelvan el problema. Pero en este caso, la primera «autoridad» es la familia, sin cuyo respaldo las medidas de fuerza serían casi inútiles.